LA NOVELA GALANTE

AÑO I ·:· ·:· ·:· NÚMERO, 27

1

231186

AVENTURAS DE AMOR Y PERVERSION DE

CLARA MATEI

(ONCEAVO EPISODIO)

En Monte-Carlo



EXTRAORDINARIO

20 CÉNTIMOS

1
231186

47/1491201



E. W. Corbin

CLARA MATEI

Episodio onceavo

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

En Monte Carlo

—Usted es muy orginal, señorita Clara Matei, por eso me ha simpatizado tanto. Cada uno debía hacer la vida a su manera ; ese es mi ideal.

—¿ Y su vida, Mr. Harris ? También debe ser original.

R. 3200503

—Un poco, un poco....

Una noche, en el comedor del barco que los llevaba desde el Cairo a Marsella, sentados frente por frente, junto a una mesita redonda, donde humeaba el café, hablaban así nuestros personajes.

Al ser interrogado por su vida, Mr. Harris, hizo un gesto evocador; fumó largamente de su pipa, impregnando el aire con el perfume de su rico tabaco y se arrellenó en su sillón, con una satisfacción de hombre que ha realizado su vida.

Clara Matei lo miraba con simpatía y duda. La munificencia de aquel hombre para con ella, le denotaba muy bien su aprecio; además, ella tampoco podía dudar de la influencia de su belleza. Pero, ¿y el amor? ¿Aquel hombre estaba enamorado de ella o la tomaba como una muñeca, una muñeca de tantas? Todavía no le había hecho ninguna manifestación en ese sentido. Cuatro días llevaban de viaje; por primera vez, Mr. Harris iba a hablar de su vida.

—Yo soy un hombre independiente, libre—empezó diciendo.— Cuanto más liviano es el globo, sube más arriba. Todo lo que pueda pesar sobre nosotros es lastre y hemos de estar dispuestos a desprendernos de él en el momento preciso. En mi país las fortunas no son algo establecio y hereditario, como en esta vieja Europa. Pero el hombre que no tiene nada, puede levantarse cada día con la ilusión de que la fortuna puede ser suya. Yo, desde muy joven, viví solo, desde que perdí a mis padres. Y luché siempre solo, con voluntad fuerte y fuí elevándome, elevándome... Cuando todos los demás se casaron y formaron un hogar, renuncié al amor, que podía esclavizarme y a los deleites de la familia, porque podían coartar mis actos. No he querido que nadie participara de mis dolores; por eso, no me enamoré nunca. Además, con qué derecho iba a hacer sufrir a nadie, y menos a una mujer, las intemperancias de mi carácter? Para los ratos de diversión he buscado una compañera de unas horas, unos días, unos meses... ¡Porque es bello compartir la alegría y el placer!

—¿Y no se ha sentido nunca demasiado solo?

—El negocio es un buen compañero. Y digo mal el ne-



Una noche, en el comedor del barco...

gocio, pues el negocio es sólo un pretexto para el pensamiento, el motivo de su actividad. Luego, es hermoso pensar que uno es algo, por muy poco que sea, en el progreso del mundo. Crear grandes empresas, explotar un invento de conveniencia para todos. Devolverle a la vida todo cuanto nos da...

—Mr. Harris, es usted un romántico de los negocios, un hombre excepcional.

—No tanto; soy solamente un hombre.

Clara, pareció un poco contristada por aquella teoría. Indudablemente, ella quedaba en un segundo lugar. Y le costaba amoldarse a aquel temperamento frío, tan contrario al ardimiento de los orientales. Si en verdad la religión del Islam hacía a la mujer una esclava, convertía, a su vez, al hombre, en esclavo de la mujer. En cambio aquel norteamericano era un ejemplo vivo de que, si bien en su país la mujer había conseguido un máximum de libertad, en la misma medida se había ido alejando del corazón de los hombres.

Encendió ella un delicioso Parmis y se levantó. Mr. Harris hizo lo propio. Salieron a pasear sobre cubierta. Allí se acercaron a ellos el capitán del barco, un *attaché* del Consulado francés de Egipto y un escritor español, que volvía de un viaje a Oriente, adonde había sido enviado, en viaje de información por varios periódicos.

Clara volvía a estar en su centro, admirada por cuantos la rodeaban, teniendo a un auditorio que le festejaba hasta sus puerilidades.

Junto a ella, todos eran madrigales. El capitán, hubiese sido capaz de detener la marcha del barco hasta que se le acabara todo combustible, en alta mar, por el amor de Clara. El escritor español, traducía al francés el léxico galante y caballeresco de su país. El *attaché* se hacía el interesante inyectándose morfina para olvidar sus amores de Oriente y decíale que sólo su amor podía regenerarlo. Sólo el yanki permanecía impasible en materia de amor; se dijera que ese vocabulario era para él extranjero. Pero su tranquila admiración hacia Clara ya valía mucho. Ella, sin embargo, no se conformaba. Y se preocupaba de encender en su pecho, la llama sagrada y violenta del amor...

*
* *

Desembarcaron en Marsella, donde Mr. Harris tenía que arreglar algunos negocios, al principio del invierno. Aquel era el puerto inicial de la *Côte d'Azur*. Habían convenido que harían un viaje, desde Marsella a MonteCarlo, en un yate especial, navegando lentamente por la costa, para gozar del mangnífico espectáculo de aquel trozo privilegiado del planeta, que ha hecho exclamar a André Theuriet:

A Niza

Tu aire tibio y puro, en la beatitud
de tu cielo, por nieves encuadrado,
tu manantial de belleza, de alegría y juventud,
oh país del sol, jamás se habrá agotado.

Hacía tiempo que Clara Matei acariciaba la idea de conocer el aristocrático Casino, estación de invierno de príncipes y millonarios. Preparando el viaje, en tanto Mr. Harris se dedicaba a sus negocios, a sus operaciones fabulosas, pasaba los días en Marsella.

Mr. Harris no repara en ningún gasto, tiene un loco afán de deslumbrar y luce a su amiga, como una joya fabulosa y rarísima. A Clara, no acaba de satisfacerle este papel, que a pesar de ser tan importante, no deja por eso de ser secundario. Por eso ella, procura demostrarle que está muy lejos de ganar su cariño y que tiene más predilección—por ejemplo—hacia su hermoso perro...

Sí; este humilde animal ha gozado de la estimación de muchas personas de talento. Es un compañero bueno, mudo y estético; los que rinden culto al silencio, encuentran en él una inteligencia ideal.

Y Clara Matei ha adquirido un grande y hermoso perro blanco, de fina raza, pelo largo y sedoso. Es un perro aristocrático, que debió nacer en noble cuna, acostumbrado a las

molicies del lujo, a lánguidas caricias de manos principescas, al automóvil... Tiene, también, la aristocrática costumbre de levantarse tarde ; cerca del medio día llega al dormitorio de Clara, se acerca a su lecho moviendo el cuerpo majestuosamente y se para, afirmando en él las patas delanteras. Así espera la primer caricia, mirando a su dueña con una profunda mirada de gratitud. Si Clara duerme, quédasela contemplando un rato, en respetuosa admiración y luego, da vueltas por la alcoba o se tiende sobre la alfombra, en espera de que despierte.

Salta del lecho Clara Matei, desnuda ; púdicamente desnuda, para entrar en el baño Se perfuma la habitación como si se acabara de abrir una enorme gardenia. El perro, se acerca mimosamente a ella, roza sus piernas con su pelo de seda ; su lengua le unge de cariño la mano que le tiende. Y mientras ella se baña y es el cuerpo adorable acariciado por el agua en un enorme beso tibio y perfumado, el perro vigila y contempla, dando muestras de gozo, aquel bello espectáculo.

Una de estas mañanas, llamó a la alcoba de Clara Mr. Harris. Salió la camarera a decirle que esperara, que la señora aún no había terminado su *toilette*. Y junto a la camarera, salió el perro. Hasta allí llegaba el sonido del fresco chapucear de la nayade en el agua. Mr. Harris, ante la mirada severa de aquel animal favorito de Clara, tuvo por primera vez una sensación de celos ; fué como si descubriese, de pronto, que le robaban algo muy suyo ; esa intimidad de Clara Matei de la que él no había gozado nunca. Y un poco contristado, se marchó a esperarla al salón de fumar.

Al cabo de media hora se presentaba ella, en un deslumbramiento de belleza, sedas y joyas ; una fastuosa piel blanca envolvía su cuello y aquello combinaba admirablemente con el gran perro blanco de largo pelo de seda, que caminaba a su lado.

En el salón de fumar se congregaban casi todos los huéspedes del hotel, en esa hora en que sabían que iba a pasar Clara. Sólo su presencia, era una alegría para los ojos. Todos la cumplimentaban gentilmente, deshojando a su paso las rosas de la admiración. Ella, para todos tenía una frase,

deteniéndose más con aquellos cuyo espíritu estaba por encima de la meseta de la mediocridad. Mr. Harris gozaba con aquel triunfo, pero en aquel día, estaba dominado por un extraño sentimiento. Notó que ella prodigaba su afecto entre los demás y que tenía más atenciones para su perro que para él. Y se puso triste sin saber por qué, por primera vez en su vida... ¡Oh, tristeza de amor!

*
* *

El escritor español y el *attaché* a la Legación francesa del Cairo, hablaban una tarde en un cfé de Marsella, reunidos al azar, después de algunos días en que no se habían visto, desde el desembarco.

Estaban ellos en la terraza de un café, calle de la Cannebiére, cuando vieron pasar en su auto a Clara Matei ; los dos se levantaron, haciendo un exagerado saludo, que ella contestó ordenando al *chauffeur* que detuviera el auto. Clara seguía gozando de entera libertad, libertad que por nada trocaba y gozaba en llamar la atención del público conciéndose con la independencia de un hombre.

Mariana, el escritor español y Bois el *attaché*, estaban entregados a las dulzuras venenosas de la esmeralda líquida, como ha llegado a llamársele al pernod. La presencia de la maravillosa viajera, cuyo recuerdo, de belleza y originalidad estaba en ellos aún tan vivo, los turbó un poco

Al presentarse así, de improviso, cuando su recuerdo se iba confundiendo con el de un sueño, les abría un horizonte de esperanza. El bello imposible, volvía otra vez a florecer en una ilusión, y los dos pensaron : Acaso...

Hablaron de sus recuerdos de Egipto. Tanto Mariana como Bois procuraron hacerse interesantes ; los dos con un temperamento distinto. El español, con un carácter fogoso, se exaltaba ante las extinguidas civilizaciones de sensualidad y refinamiento, hasta el punto de que podía pensarse que quería resucitarlas con su palabra ardiente. En cambio

Bois, languidecía, parecía caer en un ensimismamiento, como si recordara algo que le perteneció, que en secreto le pertenecía aún. Clara Matei los escuchaba con una sonrisa que podía ser de agrado y de ironía. Al final, hablaron de Marsella. Clara les dijo, francamente, que no le agradaba aquella ciudad para vivir.

—Sin embargo, ¡es tan interesante!—murmuró Bois.

—De un interés que no le dice nada al espíritu que busca emociones—le replicó Mariana.

—Para mí tiene poco interés, desde cualquier punto de vista—concluyó Clara.

—¡Oh, es que ustedes no conocen sus secretos!—continuó Bois.—Marsella, Nápoles y Barcelona son las ciudades del Mediterráneo donde el vicio es como una religión popular.

—¡Bah!—repuso Mariana—burdeles para marineros, cafés-conciertos imitación de París, sin el sprit parisién. Vicio de explotación para la infinidad de gente que pasa por aquí...

—Algo más, algo que ustedes no pueden sospechar...—Y así, Bois, con su mutismo acerca de su secreto, logró excitar la curiosidad de sus compañeros.

—Pues es necesario conocer ese prodigio—dijo Clara. la eterna curiosa; y quedaron citados para esa noche.

Después de cenar, Clara ha dicho a Mr. Harris:

—Me perdonaréis que esta noche acorte mi sobremesa, porque tengo que salir.

—Vais a salir

—Sí, he quedado citada con unos amigos

—Unos amigos...

Mr. Harris se concretaba a repetir las palabras que le causaban más impresión, sin poner ningún comentario; el comentario se hacía allá dentro de su ser y era bien amargo.

Aquella mujer extraordinaria se iba metiendo en su corazón y le costaba reconocerlo; por eso seguía mostrándole su habitual frialdad y no ponía una objeción a sus liberalidades, pero le dolía la independencia de aquel carácter; temía ya que él no fuese para ella más que uno de tantos y esto que en otra ocasión no le hubiese importado, le preocupaba...

Clara se vistió un traje sencillo, de viajera, y fué a unirse a sus amigos, que la esperaban impacientes en el mismo café donde los encontró por la tarde.

Y caminaron hacia la parte antigua de la ciudad, cerca del puerto. Bois, que dirigía, se detuvo ante una puerta donde irradiaba su luz un arco voltaico. Junto a ellos, entró una mujer de carnes opulentas, vestida con elegancia trasnochada; entró un grupo de hombres, de hablar fuerte e impúdico.

Y se encontraron en la sala de un cabaret, más o menos parecida a las que en otras ocasiones había visto Clara. Lo único que había allí de extraordinario era la animación y el humo.

Desde un palco vieron salir al escenario una coupletista dando gritos y enseñando las piernas; luego un excéntrico que explotaba la gracia de los hombres equívocos; después unas mujeres que interpretaban cuadros célebres, de desnudos.

Clara y Mariana, protestaron. Si aquel era el espectáculo prometido, los había engañado

Pero en ese momento, un empleado de la Empresa le ahorró toda explicación a Bois, al pasar por el palco, diciendo:

—Señores, pueden pasar a la *Cámara Oscura*, que va a empezar el sorprendente número nunca visto.

—Ha llegado el momento—dijo Bois. Pagó las consumaciones y se dirigieron a una gran puerta de la sala, que comunicaba con otra. Para pasar era necesario pagar una entrada de dos francos. Era una sala muy parecida a la anterior, un poco más simple. El público entraba con grandes risas y comentarios obscenos. Clara Matei tuvo que soportar más de una grosería. Una vez que la gente se hubo instalado, el local quedó lleno, cerraron la puerta, se apagaron casi todas las luces y así, se destacó el escenario, plenamente iluminado por un gran reflector.

A poco, una mujer entró en el escenario, envuelta en un manto, llegó hacia el centro de la escena y se sentó en un *chaise longue*. Lentamente, fué abriendo el manto, cuyo interior era rojo y lo dejó caer a sus lados, quedando ella completamente desnuda, sirviéndole de fondo magnífico a sus bellas formas aquella tela roja.

Luego, se recostó en un juego de movimientos lascivos,

a cada uno de los cuales, el público rugía. Hubo un momento de silencio : un perro enorme, un mastín de esos respetables, cruzaba la escena y se dirigía hacia la mujer desnuda.

Se oyó un gruñido y el perro, lascivo, con toda la forma de lascivos que tienen los canes, dió un salto...

Mariana y Bois, con pretexto de hablarla, estaban casi echados sobre Clara ; sentía un aliento cálido, de aguardiente y tabaco y lujuria, en su cuello, del espectador que estaba tras ella. El público, se exaltaba, como una sola bestia, en un rugido unánime.

—Vamos—dijo Clara levantándose ; y acompañando la acción a la palabra, en dos minutos estuvo fuera del local.

Bois, no sabiendo cómo excusarse convencido de que el espectáculo había repugnado a Clara, sacó a cuento un pasaje de la *Erótika Biblión* de Mirabeau, donde éste habla de esta clase de aberraciones humanas.

Clara, se limitó a contestar que aquello no la agradaba, porque era feo, y, por lo tanto, para ella era malo.

Y cuando los dos amigos creyéronse autorizados, por la actitud hasta entonces provocativa de Clara, de tomarse algunas libertades, vieron que el ídolo que, desde su altar, se había dignado bajar para departir con ellos, volvía a alejarse.

Clara Matei, hasta el momento de llegar al hotel, guardó una respetuosa distancia y una seriedad que los desconcertó.

Al día siguiente, recibía dos cartas ; dos declaraciones de amor de aquellos amigos. No las contestó ni volvió a verlos.

Pero las dos cartas quedaron sobre la primer mesita que encontró a mano. Y entonces Mr. Harris, poniendo de manifiesto toda su curiosidad de amante, las cogió furtivamente para enterarse de su contenido. Una decía :

—Incomparable amiga : Sería demasiado cruel para mi corazón, el silencio. Yo os suplico que, así como habéis tenido la bondad de ser nuestra compañera unas horas, que yo no olvidaré nunca, queráis dedicarme a mí, pero a mí sólo, unos minutos ; los suficientes para que os hable el corazón...

Y así, en este tono, seguía hasta el final ; la otra, estaba concebida en términos parecidos. Se parecían como se parecen todas las declaraciones de amor.

Esto, le produjo instintivamente, una reflexión. ¿Qué mujer será ésta que tiene el poder de trastornar los corazones?

Aquel episodio fué incentivo para la llama de amor que iba naciendo en el pecho de Mr. Harris. Por un curioso fenómeno, el impasible financiero se iba tornando sentimental, descubriendo su alma con las más graciosas ingenuidades. Por ejemplo : una noche que paseaba con Clara, absorto en el espectáculo de la luna que marcaba como un camino blanco sobre el mar, se detuvo para decirla :

—Es bella la luna, ¿verdad? Es bella ; me parece que la veo por primera vez...

Y Clara Matei sonreía, porque estaba en el secreto de que sólo el amor podía hacer tan extraordinarios descubrimientos...

Nuestra heroína, que nunca se ha olvidado de cuidar la flor más pura de su alma ; el cariño hacia su hijo ; ha preferido, en vez de hacer el viaje por mar, ir por tierra, tomando el tren en París. Sigilosamente, ha llegado a la gran capital francesa, primer gran teatro de sus triunfos, y se ha quedado un día, dedicada exclusivamente a su hijo. Es éste un precioso niño de ocho años, de bucles rubios y ojos azules. Hacía cinco, que no lo veía y él no conocía a otra familia que a don Jenaro y Rosina. Aquella bellísima mujer dejó en el alma infantil una estela de ensueño. Su belleza, sus caricias, sus perfumes, eran para él algo incomparable y divino. Sólo en las hadas sospechaba tales encantos. Y al quedar otra vez solo en el colegio, cuando Clara se marchó, le pareció que había soñado y que un hada lo visitaba en sueños y lo llevaba a través de una ciudad fabulosa, satisfaciendo todos sus caprichos. La madre desconocida, fué en su alma como una prematura semilla de ensueño.

Por la noche, al ir a la estación, sintió una emoción enorme ante su París gigantesco, con sus infinitas luces encendidas.

Recordó su llegada, en un día gris de llovizna ; los primeros tiempos difíciles y duros, en los cuales, como una

enorme claridad, se abrió su espíritu, junto a aquellos artistas bohemios de Montmartre. Sus amores con Pagano, aquel triunfador excelso que la elevó hasta la más alta categoría y que la poseyó en cuerpo y alma. Manuel Valente, el desdichado tenorio pueblerino y aquel bello y ardoroso adolescente que lo asesinó. Después su hora de popularidad, la prensa toda ocupándose de ella, por el juicio sobre aquel drama pasional en el que fué protagonista. Luego, Ducasse... Su memoria, era como un cinematógrafo vertiginoso y con insistencia, veía en la pantalla, la figura innoble de Leonidas Mianovich ; era un recuerdo malo y obsesionante, quizás porque era su único recuerdo malo... Y al pensar en su hijo, aquel hijo que ignoraría siempre a sus verdaderos padres, dos lágrimas purísimas empañaron sus pupilas...

*
* *

Instalados a todo lujo en el Hotel París, de Monte-Carlo, bien pronto Clara Matei brilló como estrella de primera magnitud, en aquella femenina constelación donde las estrellas abundaban.

Desde las ventanas de su departamento, Clara contemplaba hacia un lado, la fachada del Casino y sus terrazas, que se extendían a lo largo de la playa ; y hacia el otro, la montaña, que en suaves ondulaciones entraba en el mar y sobre cuyo verdor, las villas ponían una nota blanca y alegre.

La serenidad de aquel ambiente encantó a Clara. Todo allí tenía un color azul de visión fantástica : el cielo claro, el mar tranquilo y el aire diáfano. En realidad, parecíale una decoración que se animaba ; otro alarde del escenógrafo celeste, como el que había contemplado en Stambul.

Clara y Mr. Harris bajaron de su automóvil frente a la puerta monumental que conduce a las habitaciones del príncipe de Mónaco. Después que Mr. Harris hubo hablado con él, presentándole cartas eficacísimas, salían acompañados del secretario del príncipe, que les facilitó todos los salvoconductos necesarios para entrar en todas las salas del Casino, acompañándolos él mismo.



Por la noche, en el teatro

En el Atrium, donde resplandecían a la luz de numerosos candelabros de bronce, las veintiocho columnas jónicas

de mármol, la presencia de Clara Matei produjo un revuelo extraordinario entre el público que entraba y salía, o se había detenido allí, charlando.

Sabía Clara gustar con detención de los sitios que visitaba, y así, por voluntad de ella, cenaron en la gran rotonda. No tardó en apercibir a amigas y amigos de París. Para todos tenía ella una frase cariñosa ; sobre su viaje a Oriente se habían inventado mil anécdotas fantásticas que ella no se ocupaba de desmentir y prometía contarles cosas de su vida para distraer sus ratos de ocio y descanso entre las grandes partidas de ruleta o Treinta y Cuarenta.

Bien pronto. la noticia de la estancia de Clara Matei en Monte-Carlo, se extendió en las alas de la leyenda, consiguiendo la actualidad que todas las mujeres le envidiaban.

Por la noche, en el teatro, donde había un derroche de lujo y de elegancia, fué saludada con la admiración de todos los espectadores. Mr. Harris estaba cada vez más asombrado de la influencia que ejercía en el gran mundo, una mujer, si esa mujer era Clara Matei—se comprende.—Esto lo llevaba a examinarla en los más mínimos detalles y poco a poco, su corazón ya senil, se inflamaba en ansias juveniles.

A la salida del teatro, se dirigieron a las salas de juego. La *Renaissance* y la *Schmit*, estaban ocupadas por un público numeroso y vulgar. Se detuvieron un momento en la nueva sala *Schmit*, que hacía poco se había inaugurado. Lujosísima e iluminada de una manera original, por grandes arañas de luz eléctrica, que descendían del techo en cascadas luminosas, era un marco deslumbrador para aquellos que alrededor de la mesa, deslumbrados por una ilusión, perdían la fortuna. Clara, pudo confirmar entonces que el supremo placer del juego no consistía en ganar, sino en perder. La mayoría de los jugadores de aquella mesa, eran millonarios y era pueril el pensar que jugaban por ganar. Además, aquello tenía una gran vistosidad, y la presencia de un núcleo de mujeres bellas como en ninguna otra parte podía reunirse, le daba a aquello un especial atractivo.

Llevaban algún tiempo en aquella sala, entregados a los azares de la suerte, cuando se detuvo junto a ellos, un grupo de gente que atrajo por un momento todas las miradas ; en él

figuraban la Barrientos, a la que acababan de aplaudir en el teatro, y otra artista española, que, aunque de un género inferior, gozaba entonces de tanta popularidad y prestigio como la gran cantante : Carolina Otero. Con ellas venía, entre otros, el gran músico italiano Malvagni, a quien Clara conoció en la casa de Pagano, en París. El, hizo las presentaciones y desde ese momento, Clara Matei empezaba a convivir con la más alta categoría del público que la rodeaba



Entregados a los azares de la suerte

Con las artistas más prestigiosas, nobles y millonarios, fueron a ocupar la mesa de una sala contigua, reservada para ellos, en cuyo plafón, el maestro Massimo Galleli ha pintado, con arte académico y burgués, un fantástico fumadero de opio, cuya obra encaja perfectamente dentro de aquel ambiente propicio a los paraísos artificiales.

Mr. Harris, siempre oficiando de genial aventurero y de auriga del carro de la fortuna, asombró con sus inauditas jugadas, en las cuales, una fortuna iba y venía entre sus manos.

Al amanecer, se reunieron en la intimidad en un comedor; y allí, mientras el rubio *champagne* desbordaba en las copas, las mujeres contaban anécdotas de su historia célebre. Clara se dió entonces a conocer como una gran artista de la palabra y el interés; arte que no poseían las otras célebres artistas. La atención se concentraba en ella, cuando empezaba una relación:

—¡Oh, las noches incomparables de los mares de Turquía!...

Al marcharse, en la conciencia de todos, había grabado su superioridad y la mirada de todos los hombres, se tendía hacia ella largamente y su recuerdo, quedaba penetrante y agudo, como un perfume embriagador.

*
* *

Clara y Mr. Harris se encontraban en la sala novísima de *Souper-Tango*. Mesitas a los lados y en el centro, un gran espacio para el baile, cubierto de una alfombra roja. Alrededor de las mesas, mujeres de suprema belleza, verdaderas venus, vestidas de seda y enjoyadas de una manera deslumbrante; hombres con trajes de etiqueta, camisas de blancura impecable y relucientes cabezas de peluquería... En un ángulo, los tzínganos ponían la mancha roja de sus chaquetas; una mancha descocada y loca.

De vez en cuando, unas parejas de baile se deslizaban, suave o vertiginosamente, por el centro de la sala, a compás de la música.

Llamaron la atención de Clara, los hombres que predominaban en el baile. Tenían una gracia y una desenvoltura especial y parecían gozar de la predilección de las mujeres.

Cuando la orquesta preludió las notas de lujuria sentimental del tango argentino, una pareja sola salió a bailarlo, compuesta por un americano del Sur y una afamada bailarina francesa.

Clara procuró la relación de aquel joven, para aprender el baile que entonces hacía furor.



De vez en cuando, unas parejas de baile...

Una amiga se encargó de presentarlo: Alvaro Román... Clara Matei... sin que ella sospechara que le presentaban a un amante profesional y bailarín por afición...

Hablaba Román un francés dulce, suave, en tono americano, pero correctísimo. Debía tener de veintidós a veinticinco años; las cejas un poco en ángulo, como las cejas de los sátiros y los ojos oscuros, de color de tabaco, muy brillantes. Era la suya una fisonomía grácil y simpática; y su particularidad un gesto de distraído, una mirada siempre inquieta, o más bien, lejana, que apenas se fijaba un segundo en su interlocutor.

Habló del baile como una cosa accidental, sin importancia, y quedaron convenidos para que todas las tardes diese una hora de lección a Clara, en su departamento del hotel.

Por las noches, después de la hora de intimidad que suponían las lecciones, Román saludaba a Clara como si apenas la conociera, entregado al amor de la bailarina francesa y una austriaca bellísima que se lo disputaban. Además, era solicitado por otras mujeres. Este Alvaro Román ejercía un misterioso imperio sobre la mujer; su espíritu era el de una serpiente y tenía aquella facultad del anfibio de atraer a sus víctimas.

Clara Matei no se dió exacta cuenta del proceso de seducción que él seguía y en una de aquellas tardes de lección, después de las sinuosas contorsiones del tango, ese baile argentino en el cual los cuerpos se juntan hasta incrustarse el uno con el otro, ese baile de una lujuria terrible, rítmica y sorda, se encontró tumbada sobre un diván, entre sus brazos.

... ...

El timbre, que anunciaba la llegada de Mr. Harris, los volvió a la realidad. El bailarín, impasible, como si no hubiera pasado nada, con aquella negligencia que daba a todos sus actos un carácter tan especial, tuvo un rasgo de cinismo que rebasó todo límite.

Al ir a cobrar los cien francos que cobraba por lección, dijo a Clara:

—Hoy la lección se ha prolongado más de lo convenido; son doscientos francos...

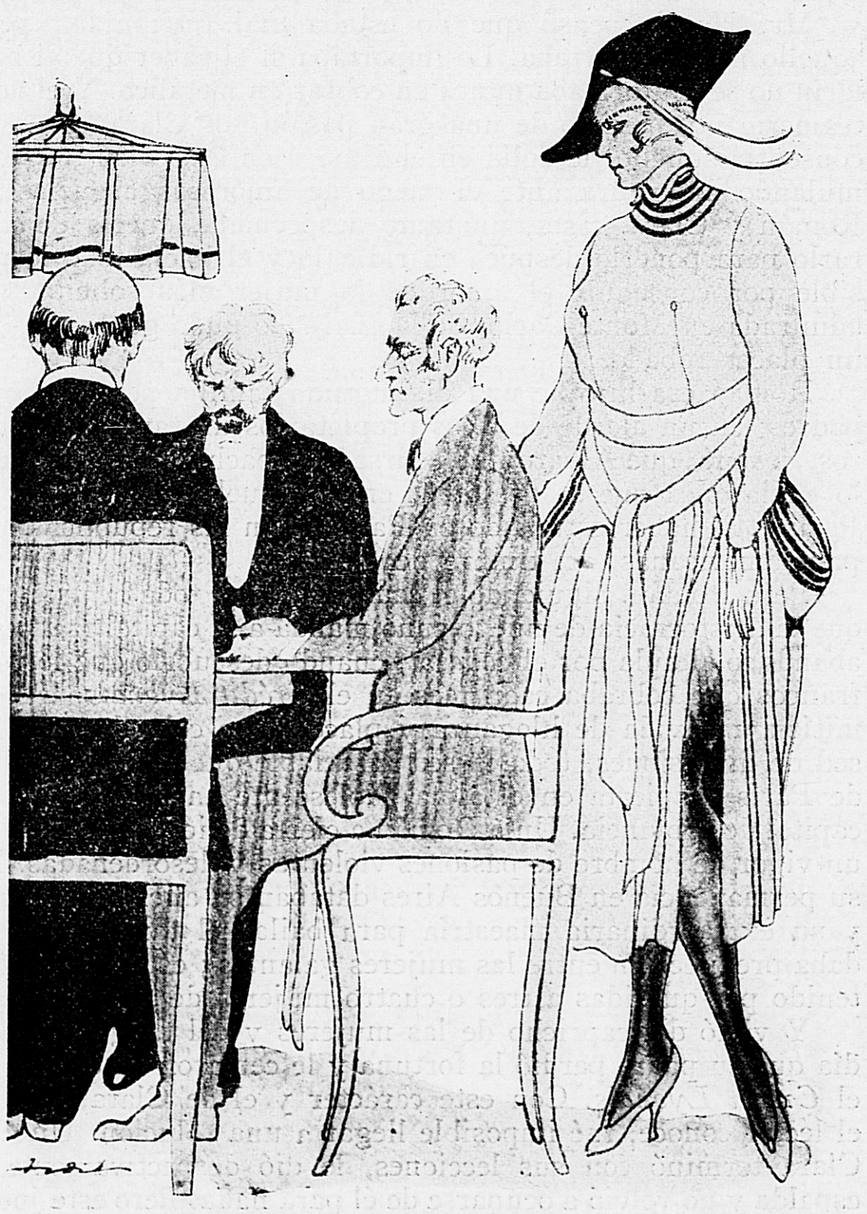
Clara, no ha podido ocultar una sonrisa de ironía y sin responderle, le ha alargado dos billetes

Mr. Harris pensó que no estaba mal retribuído; pero aquello no le importaba. Le importaba si el saber que el bailarín no se conformaba nunca en cobrar en metálico. Y el norteamericano, poseído de una gran pasión por Clara, no pudo consentir aquello, le dolía en el alma y en esos días fué acumulando amargura ante el juego de amorosas argucias de Román y Clara. Esta, un tanto despechada, quería enamorarlo para ponerlo después en ridículo y él hacía todo lo posible por conseguir el amor de la mujer más solicitada y admirada en Monte-Carlo, de la cual sólo pudo gozar un día, un placer robado.

Román era hijo de una distinguida familia peruana. Sus padres, en un alarde de ricos propietarios un tanto rastacueros, después que Alvaro hubo cursado el bachillerato en Lima, lo enviaron a que se doctorase en la escuela de medicina de París. (El haber estudiado en París es en las repúblicas hispano-americanas, un timbre de gloria)

Pero Roldán, siguiendo el camino de casi toda la juventud que la aristocracia de nuevo cuño manda a la capital francesa, abandonó el aula por el *cabaret*, cuando descubrió que los mil francos que cobraba cada mes en el *Crédit Lyonais*, le permitían una vida de hloganza y placer, que colmaba toda su sed de diversiones, toda la sed insaciable que el solo hombre de París despierta en el álma adolescente en una monótona capital de provincia. Unía Román a cierta delicadeza femenina un vigor de hombre de pasiones violentas y desordenadas. De su permanencia en Buenos Aires databan su afición al corage y su extraordinaria maestría para bailar el tango. Esto le daba predilección entre las mujeres galantes; esto, y el haber tenido por queridas a tres o cuatro mujeres de renombre.

Y vivió del capricho de las mujeres y del tango desde el día que su padre perdió la fortuna y le cerraron su cuenta en el *Crédit Lyonais*. Con este carácter y el de Clara, que ya el lector conoce, fué imposible llegar a una solución. Un día, Clara terminó con sus lecciones, le dió despectivamente la espalda y no volvió a ocuparse de él para nada. Pero este juego trajo por consecuencia la exacerbación del amor de Mr. Harris, hasta decirle a Clara:



Mr. Harris iba perdiendo su fortuna...

—Esta noche os haré el sacrificio de mi vida, ya que no puedo lograr vuestro pleno amor.

—No, Mr. Harris; ustedes, gente de un país nuevo, saben muy bien poner la aritmética al servicio de la locura.

—Ahora, domina la locura.

—Un amor, no merece el sacrificio de una vida tan pródiga como la vuestra.

—Un amor, no; todos los amores, sí. Pues en tu amor, Clara, yo he cifrado todos mis amores

—Reflexionad, Mr. Harris. No puedo creer en ese lenguaje de colegial.

—En mi país, suele decirse que los hombres no somos nada más que niños crecidos.

En la sala *François Médecin* reservada para los potentados, se encuentran más tarde Mr. Harris y Clara Matei.

Todos los jugadores permanecían silenciosos; con ese gesto de ansiedad, que no varía en la ganancia ni en la pérdida.

Mr. Harris, de pie, junto a Clara, sentía un placer agridulce, al saberse envidiado por todos los hombres que había allí, y jugaba cantidades enormes, que hacía que se fijaran en él con sorpresa y curiosidad.

Clara, al comprender que, efectivamente, su amigo estaba dominado por la locura, sintió cierto malestar, que se tradujo en una palidez de su rostro. Pero no hizo ni un gesto, nada, que pudiera denotar su turbación.

Así pasaba una hora y otra y otra, en esa monotonía exaltada del juego, y Mr. Harris iba perdiendo su fortuna. La raqueta del banquero, al arrastrar sus posturas, se dijera era una hoz que cercenaba su vida.

Clara, sentíase orgullosa al mostrarse a los demás como una satánica triunfadora. Por su amor se arruinaba un hombre, se destrozaba una vida, porque el amor no tiene la virtud de hacerse querer; pero cualquiera de esas mujeres, hubiese fingido, incluso la pasión, no por la fortuna de aquel hombr, sino por lo que perdía en cada jugada.

Amanecía, cuando Mr. Harris y Clara Matei, abandonaban la sala de juego, charlando, como si nada les preocupara lo pasado.

En un comedor de gran ventana que daba hacia el mar, se sentaron.

Los primeros rayos del sol, le daban una claridad suave

al paisaje y el cielo, de un azul purísimo, se reflejaba en el mar de aguas tranquilas, haciendo de éste un doble cielo, de diafanidades exquisitas.

Los jardines, de sorprendente belleza, se extendían al pie del castillo, hacia el mar.

Sentíanse fatigados después de las largas horas del juego y complacíanse en mirar silenciosos el maravilloso espectáculo que la naturaleza ofrece, a las pupilas, que se dijeran encantadas, en la costa azul.

En tanto, el camarero les servía la cena matinal y el champaña se renovaba continuamente en las copas. Sus vidas despertaban, al mismo tiempo, que allá, tras la ventana, la naturaleza despertaba tmbién, convidando a gozar de todas sus bellezas.

—Clara Matei; esta situación no puede prolongarse así por más tiempo. En el juego de amor, habéis sido más hábil que yo. Es necesario que os lo confiese: os amo, con amor que nunca había sentido, que nunca sospeché que pudiera encadenar mi vida; poco a poco habéis ido entrando en mi interior, me habéis ganado por entero. Yo, antes era un hombre de voluntad fuerte; y ahora me pregunto: ¿Dónde se ha ido mi voluntad? Es como si hubiese perdido mi vida... Y ahora os pregunto: ¿Os he ganao yo a vos, en la misma forma que me habéis ganado? ¿Significo yo algo en vuestra vida? ¿Me amáis acaso?

—Mr. Harris, no deshagamos el encanto de nuestra buena amistad.

—Oh, sí, es necesario que ese encanto sea mayor, o si no romperlo de una vez. Yo os ofrezco mi vida.

—El globo, se ha de deshacer de todo lastre, para subir muy arriba...

Ha sido la contestación de Clara, recordando las palabras que en otra ocasión salieron de labios de Mr. Harris.

Comprendiendo él muy bien lo que aquello significaba, no continuó el diálogo. Quiso emborracharse de champagne, de sol y de besos, los besos de Clara, de aquella divina mujer que había pasado como un ciclón por su vida, tronchándola.

Cuando ya no hubo más placeres y los párpados cansados de Clara se cerraron al sueño, Mr. Harris, que no encontraba



Cuando ella se presentó en la puerta...

ya descanso para su espíritu, dejó a su compañera en el lecho, la besó mucho y se marchó a su departamento.

Al cabo de una hora, la camarera, alarmada, llamaba a Clara Matei. Acababa de oirse una detonación en el departamento de Mr. Harris.

Cuando ella se presentó en la puerta, desmelenada, apenas cubierta, con una ligera *robe de chambre,* vió a aquel buen amigo, que la fatalidad había convertido en trágico amante, con la cabeza caída sobre el escritorio, un revólver en su mano crispada y una cantidad de papeles manchados de sangre que caía de su sien...



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

LA NOVELA GALANTE

ADMINISTRACIÓN: PROVENZA, 304-TEL. 111 G-BARCELONA

"BIBLIOTECA GALANTE"

Se ha puesto a la venta el primer tomo de esta interesante BIBLIOTECA, titulado

EL ANTOJO

novela inédita, escrita expresamente por el notable literato

JOAQUIN BELDA

estupendamente ilustrada por el genial

DEMETRIO

DE VENTA EN TODOS LOS KIOSCOS

Precio: 60 cts.

En prensa

PIERNOGRAFIAS

estupendo Album, con texto y dlbujos de DEMETRIO

En el próximo número:

UNA MUCHACHA INOCENTE

DEL ABATE DE BRANTOME

Ilustraciones de ARDIT

Linotipia.—Provenza, 304